

EL OTRO SEPULTADO

Mónica Quintana*

"y sólo el que ha vivido esta historia la siente viva en su cuerpo"

Lurgio Gavilán Sánchez

Lurgio Gavilán (2012), en *Memorias de un soldado desconocido*, narra cómo el deseo de reencontrarse con su hermano lo llevó a buscarlo en Sendero Luminoso y a incorporarse a dicha organización a los 12 años. A los 15, ya tenía un cargo de mando. Varias veces intentó escapar tras vivir el horror desde dentro, al presenciar asesinatos entre compatriotas. El odio, como él lo describe, se extendía por todos lados: campesinos, militares, pobladores. Sobreviviente de una intervención del ejército, fue reclutado por sus tropas. Recuerda con gratitud al militar que lo envió a estudiar, pues era analfabeto. En ese entorno, fue testigo también de la violencia sexual cometida por soldados contra prisioneras senderistas.

Posteriormente, una monja a quien escoltaba durante patrullajes le sugirió que podría ser sacerdote. Esa idea germinó en él, y lo llevó a integrarse a la congregación de los Franciscanos. Desde allí, accedió a una vida académica: estudió antropología en la Universidad de Huamanga, fue profesor auxiliar, ganó una beca de la Fundación Ford y cursó estudios en la Universidad Iberoamericana de México. Su proceso de escritura comenzó en los claustros franciscanos, y la posibilidad de seguir estudiando le permitió procesar lo vivido a través de un texto descarnado que retrata un país sumido en una época dolorosamente oscura.

Como bien sostienen Degregori y Castro, en el prólogo y ensayo introductorio respectivamente, el testimonio de Gavilán humaniza lo vivido. Se puede considerar que ello permite complejizar nuestra mirada, haciendo del lenguaje

* Psicoanalista, miembro de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Terapeuta de pareja y familia, asociada a la Sociedad Peruana de Psicoterapia de Pareja y Familia y a la Asociación Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia. Con estudios de maestría en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Bachiller en Filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Licenciada en Educación por la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

<monica.quintana.ch@gmail.com>

un instrumento capaz de construir, tanto interior como exteriormente, una comprensión más profunda de la experiencia.

Resulta relevante destacar lo que también subraya Castro:

Comer debería ser lo natural y esperado, no solamente para un niño campesino en el Perú sino para todos los niños de este mundo; sin embargo, ante la brutal realidad y la carencia, comer se transforma aquí en el equivalente semántico de un ideal de lucha (2012, p. 25).

Esa afirmación señala una de las raíces del surgimiento de Sendero Luminoso. En sintonía, una de las primeras conclusiones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación afirma:

De cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua. Se trata, como saben los peruanos, de un sector de la población históricamente olvidado por el Estado y la sociedad urbana (...) Estas dos décadas de destrucción y muerte no habrían sido posibles sin el profundo desprecio a la población más desposeída del país, evidenciado tanto por miembros del Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso (PCP-SL) como por agentes del Estado. Ese desprecio se encuentra entretejido en cada momento de la vida cotidiana de los peruanos (2003, p.13).

La exclusión ha sido, y sigue siendo, uno de los atavismos estructurales de nuestra sociedad. Gavilán vuelve a su tierra veinte años después (había estado allí en 1983) y constata que lo único que ha cambiado es la desconfianza. Donde antes hubo calidez y diálogo, hoy perviven la pobreza, la falta de oportunidades, el desinterés por los campesinos, la agricultura y la educación. “Siguen arañando la tierra para sobrevivir”, dice, del mismo modo en que él tuvo que “arañar su vida” para contar lo ocurrido.

Otro intento valiente de elaboración es el de José Carlos Agüero en *Los rendidos: sobre el don de perdonar* (2015). Hijo de militantes senderistas, Agüero procura comprender —y comprenderse—. Traza un itinerario donde se distancia de los juicios de valor, para mostrar a sus padres desde otras aristas, desde ese lugar en el que sintió que lo cuidaban. Narra lo que significa amarlos y, al mismo tiempo, ser consciente de lo atroz de sus elecciones.

Agüero busca recuperar el concepto de víctima y subraya la importancia del nombre en el lenguaje, pues solo desde ahí es posible acceder al perdón. Cuestiona el uso del término “terroristas”, preguntándose cuánto limita esa categoría la comprensión de los hechos al reducirlos a una lógica binaria. Descomplejiza, así, las vidas de quienes eligieron ese camino, tal como lo vivió con sus padres.

Renato Cisneros, por su parte, entrega una novela: *La distancia que nos separa* (2015), que inicia al comienzo de un proceso terapéutico. Desde allí intenta procesar qué significa ser hijo del “Gaucha” Cisneros, general en una dictadura.

Lo escuchamos decir:

Aunque no lo parezca, los villanos también están hechos de heridas. Mi padre fue un villano uniformado. Su uniforme era una costra. Debajo estaban las llagas que nadie veía, que nunca mostró. Si expongo esas llagas es para cicatrizar a mi padre. Porque mi padre es cicatriz, no es herida. Ya no.

Así como un padre nunca está preparado para enterrar a un hijo, un hijo nunca está preparado para desenterrar a un padre. (...) Tal vez para descansar, los muertos necesitan pronunciarse, dar detalles, confesar.

Si tus muertos te eligen, si te siguen, es porque buscan que les pongas voz, que rellenes los espacios vacíos, las grietas; que acopies, administres y compartas sus mentiras y verdades que, en el fondo, no son tan distintas de las tuyas.

Quizá escribir sea eso: invitar a los muertos a que hablen a través de uno (2015, p. 38).

El silencio sobre lo vivido como sociedad —tanto en el plano político como social— resulta ensordecedor y envilecedor. Ulriksen de Viñar (1997), recordando a Freud (1919), señalaba que el pánico no surge por la magnitud del peligro, sino cuando se desintegran las ataduras libidinales que sostienen la unidad del grupo. Más adelante, siguiendo a Viñar (1992), plantea que este modelo de pánico —originado en la disolución de los lazos afectivos— desintegra los sentimientos de consideración mutua y permite pensar las consecuencias del ataque al vínculo social durante los períodos de terror de Estado.

La violencia, en nuestra sociedad, provino de múltiples fuentes. Y seguimos viviendo bajo sus efectos.

Aunque se habla de posmodernidad, nuestras formas de vincularnos no han cambiado tanto: siguen marcadas por la desconfianza, el odio y la fragmentación. ¿Qué se necesita para torturar a otro ser humano? ¿Cómo puede comprenderse? ¿Se requiere sentir un miedo extremo, ver en el otro todo lo negativo, deshumanizarlo completamente?

Estar en una posición esquizoparanoide implica dividir el mundo entre buenos y malos, percibir al otro como absolutamente maligno, y asumir que la única salida es eliminarlo, incluso hacerlo sufrir de la manera más atroz. La racionalidad instrumental es, quizá, un ejemplo del pensamiento que cosifica. Arendt (2005, p. 256) advierte que el problema central será siempre no atreverse a pensar.

Ulriksen de Viñar explicita el estado de amenaza que se vive como desestructurante:

El terror trae como consecuencia directa la instalación de vivencias permanentes, en extremo penosas y desorganizantes, constituyendo lo que Janine Puget llamó 'estado de amenaza'. El miedo generalizado, sentido como riesgo de ataque inminente a todo lo que nos es familiar y querido, la angustia y la

incertidumbre desmoronan los referentes que antes daban coherencia a la identidad y al sentido de pertenencia. El aislamiento resultante del miedo, de la delación, de la disolución de las organizaciones colectivas, se acompaña de un sentimiento profundo y penoso de impotencia, donde el estado de cosas parece inamovible, ineluctable y todo esfuerzo de cambio destinado al fracaso o al brutal castigo, lo que se confirma por el silenciamiento violento de toda expresión contraria al régimen. A esto se suma la inseguridad por la invalidación de los derechos, libertades y garantías individuales, por la ausencia de protección jurídica y legal, sostenida por los actos represivos de gran violencia y extensión (1997).

Ese estado de amenaza y desarraigo continúa presente en nuestra sociedad. El silencio se convierte en indiferencia, o en ataque: “todos los grupos de izquierda son terroristas”.

¿Cómo podemos recuperarnos de estas secuelas? Hoy el país atraviesa un clima de caos social que nos empuja al abismo. El panorama se torna sombrío. La psicopatía social se expresa en la corrupción y la mentira, y ha deteriorado la institucionalidad con sus visibles consecuencias. El éxodo migratorio es una señal de esta crisis.

Las reparaciones civiles por el conflicto no se concretan. Nuestros representantes sostienen una visión maniquea de la realidad, que impide comprender la complejidad de lo vivido. Pero el inconsciente colectivo pugna por salir a la luz: lo hace a través de libros, obras de teatro, películas. Como si no pudiera más y buscara formas creativas de sobrevivir a la locura, parafraseando a Kenzaburo Oe.

Ulriksen de Viñar señala que para una verdadera memoria colectiva es necesario reconocer cómo fueron dañadas las formaciones psíquicas —identificaciones, ideales, creencias— que se sostienen en los vínculos sociales, en las instituciones, en la cultura. Frente al “otro sepultado”, se hace necesario reconstruir.

Por ello, estos textos y expresiones artísticas emergen como dispositivos de elaboración. La violencia que vivimos como sociedad entra también al consultorio, y allí muestra el puente entre lo social y lo clínico.

Hace algunos años atendí a un joven —Tom, lo llamaremos— cuyo padre, miembro del servicio de inteligencia, lo “educaba” mediante tortura: lo sentaba, encendía un foco sobre su rostro, y lo golpeaba por llevar malas notas. Tom caminaba lentamente, con una presencia sombría y rígida, como si una parte de él estuviera muerta. Había terminado la carrera de arquitectura, pero no sabía si era lo que realmente quería. Me dijo que no podía leer. Le hablé del libro de un autor peruano y le conté cómo éste, a través de su escritura, intentaba comprender la relación con su padre. Me respondió: “Mi padre trabajó con su padre”.

Esta obra que vino a mi mente generó un puente. Tom leyó el libro en un fin de semana, emocionado. Contactó al autor del libro, quien le respondió con interés.

Comenzó entonces un camino de descubrimientos personales, de reconexión con sus propios deseos.

Reflexionar, tender puentes, seguir pensándonos: eso impulsa este texto. Indagar cómo lo social entra en lo individual, cómo la barbarie se instala en lo clínico, y cómo aún hoy persisten las consecuencias de prácticas autoritarias. Pero también los modos diversos de atravesarlas, procesarlas y elaborarlas.

Para concluir, recordemos a Kancyper:

A diferencia de la memoria del dolor, la memoria del rencor reintroduce el tiempo circular repetitivo de los duelos interminables y comanda el destino trágico de los sujetos y de los pueblos (2006, p. 228).

Referencias

- Agüero, J. (2015). *Los Rendidos: Sobre el don de perdonar*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). Informe Final
Recuperado de <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>
- Gadamer, H. (1993). *Verdad y Método*. Editorial Sígueme.
- Cisneros, R. (2015). *La distancia que nos separa*. Alfaguara.
- Freud, S. (1919). Psicología de las masas y análisis del Yo. En Ulriksen de Viñar (1997).
- Gavilán, L. (2012). *Memorias de un soldado desconocido: Autobiografía y antropología de la violencia*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Kancyper, L. (2006). *Resentimiento y Remordimiento: estudio psicoanalítico*. Lumen.
- Ulriksen de Viñar, M. (1997). *Notas para pensar el terror de Estado y sus efectos en la subjetividad*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719978614.pdf>
- Viñar, M. (1985). *De l'exil á l'asile*. En Ulriksen de Viñar (1977).

Resumen

No ha sido posible la reconciliación entre los diferentes actores del conflicto armado interno en el Perú (1980-2000) como lo plantea la Comisión de la Verdad y Reconciliación y sin embargo es a través del arte que emerge la posibilidad de elaborar lo que hemos vivido como sociedad. En esta línea, aparecen tres obras literarias casi de modo simultáneo para explicitar dicha violencia. Ulriksen de Viñar plantea cómo el terror desintegra los vínculos sociales y perpetúa el trauma colectivo. Arendt, por su parte, haciendo una crítica a la "razón instrumental" nos dirá que el problema será siempre no atreverse a pensar. La autora traza un puente entre lo social, el arte y lo clínico para procesar el duelo, elaborar y reparar tanto social como individualmente.

Palabras clave: conflicto armado, arte, duelo, elaboración, reparación

Abstract

Reconciliation between the different actors of the internal armed conflict in Peru (1980-2000) has not been possible as proposed by the Truth and Reconciliation Commission and yet it is through art that emerges the possibility of elaborating what we have lived through as a society. In this line, three literary works appear almost simultaneously to make this violence explicit. Viñar's *Ulriksen* shows how terror disintegrates social bonds and perpetuates collective trauma. Arendt, for her part, criticizes "instrumental reason" and tells us that the problem will always be not daring to think. The author draws a bridge between the social, the art and the clinical to process grief, elaborate and repair both socially and individually.

Key words: armed conflict, art, grief, elaboration, repair